

MUJERES EN LA MAR



Hasta hace muy poco tiempo las mujeres representaban la excepción entre los navegantes de altura. Diría que eran consideradas como bichos raros en un mundo regido exclusivamente por hombres desde tiempos inmemoriales. La alemana Edith Baumann fue la primera en inscribirse en la famosa Ostar de 1968. En 1972 participarían dos francesas, Claude Fauroux y Anne Michailof, además de la polaca Ramiszewska. Clare Francis, una mujer menuda nacida en Inglaterra, fue la primera en patronear un velero en la vuelta al Mundo: en un barco de 65 pies y una tripulación mixta, acabarían la edición de 1977 en un meritorio quinto puesto.

Naomi James, de Nueva Zelanda, sería la primera fémina en dar la vuelta al mundo en esas mismas fechas por los cabos más temidos. A principios de los ochenta llegaron a las regatas oceánicas jóvenes navegantes galas como Florence Arthaud y Aline Marchand, las pioneras en participar en la Ruta del Ron, uniendo el puerto de Saint Malo con la isla de la Martinica. Dos lustros después Catherine Chabaud sería la primera mujer en acabar el Everest de la mar o Vendée Globe, navegando en solitario y sin escalas alrededor del planeta.

Estas participaciones ocasionaron un verdadero revuelo en el cerrado mundillo de los "machotes" de las competiciones de altura. Sin embargo estas grandes navegantes demostraron la igualdad que podía darse entre hombres y mujeres cuando se trata de manejar drizas y escotas. Unos años después haría su aparición Ellen MacArthur, enseñando lo que una mujer es capaz de hacer a bordo de un velero Open de 60 pies: estuvo a punto de ganar la Vendée Globe del 2000. Y si no hubiera sido por la rotura de una de sus derivas, hubiera pasado por la quilla al mismísimo Auguin, doble ganador del Everest de la Mar. Ellen empleó tan solo 99 días en circunnavegar el mundo sin escalas y en solitario, convirtiéndose en la mujer más joven y rápida en lograr tamaña gesta.

En España, nuestras mejores navegantes lograron el reconocimiento gracias a sus extraordinarias proezas en las olimpiadas: Teresa Zábel, Sandra y Mónica Azón, por citar solo a algunas.

Sin embargo, quienes mejor representan ese espíritu de dureza extrema han sido, sin ningún género de dudas, las trota mundos oceánicas; mujeres españolas que han navegado por los mares del mundo en compañía de sus maridos o compañeros. Chicas fuertes como rocas que nunca tuvieron el menor protagonismo, pero que sin embargo vivieron largas travesías en esas cáscaras de nuez en las que se convierten los veleros de crucero cuando se mueven en medio del océano. Ana Ardura ha cruzado el Atlántico en tres ocasiones, llegando hasta el Brasil a bordo de su Xanamar en compañía de su marido Leo García. O mi amiga Paqui, atrevida donde las haya. Ana Huertas y las hermanas Pilar y Carmen Valle saben lo que es surcar océanos en condiciones muy duras en diminutos veleros. También Sole Bosa, Emma Mora y Elisenda Bou, todas ellas heroínas anónimas a las que nunca la prensa

recibió en los aeropuertos tras sus prodigiosas hazañas por esos mares. Curtidas mujeres de mar que, además de padecer la dureza de las olas y el viento, algunas veces, además, tuvieron que "soportar" a sus compañeros de travesía.

La última gesta de una española la ha protagonizado Esperanza Pérez, que ha cruzado el Atlántico en solitario a bordo de un barquito de 12 metros de eslora.

Nuestras mujeres, como en tantas otras cosas, están llegando al mundo de la mar de forma individual. Ya solo hace falta que encuentren patrocinadores para que podamos verlas en las más importantes pruebas oceánicas. En la mar los músculos se suplen con la anticipación y los conocimientos. Pero cuando uno se mueve entre el cielo y las olas son necesarios también el equilibrio, la fuerza mental, y sobre todo el sentido común. Y en eso las mujeres de nuestro país nos llevan a los hombres muchas millas.